

Sobre una nueva visión de la República de Weimar

Ricardo Martín de la Guardia

Universidad de Valladolid

Puede parecer en estos tiempos posmodernos que los años republicanos de Weimar han tenido en la historia europea una existencia más aparente que real. Puede parecer, si consideramos la proliferación de obras que al menos implícitamente sostenían esta tesis, que la historia de Weimar sólo tenía sentido, sólo había existido en su origen y en su final. El pecado de nacimiento, el traumático paso del IIº Imperio a la condición republicana y a la elaboración de la Constitución en los últimos meses de 1918 y los primeros de 1919, con el consabido fracaso de una experiencia socialista revolucionaria, había marcado irremisiblemente el devenir de los años de entreguerras en Alemania al albergar en su seno la llegada de Hitler al poder en las postrimerías de la República.

Como recordaba Ferrán Gallego en su *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945* (Barcelona, 2001), Weimar celebró en 1992 que se habían cumplido doscientos cincuenta años del nacimiento de Goethe, y lo celebró con fastos tales que indudablemente empañaron el recuerdo y la recuperación para la memoria colectiva del octogésimo aniversario de la primera constitución republicana. Hasta la vieja ciudad turingia escamoteaba la trascendencia de aquel hecho histórico y prefería rememorar “el optimismo de la voluntad romántica a la prudencia razonable de la Asamblea Constituyente.” En efecto, hasta hace relativamente poco tiempo la historia de Weimar, de aquella etapa convulsa, polifacética, espléndido laboratorio para analizar la moderna y contradictoria sociedad de masas, no ha gozado de un tratamiento ponderado. Aunque una parte de la historiografía se empeñase en lo contrario, la percepción generalizada de la República no consideraba su interés en función de sí misma, de sus logros o fracasos, o de su inserción en la

crisis europea de entreguerras, sino en su trágico final. La muerte del régimen republicano de Weimar a manos de sus enemigos era el fruto conocido de antemano: el debilitamiento de las libertades, la pérdida de prestigio, las traiciones constantes... Avala esta afirmación el panorama de los momentos finales del periodo que dibujaron muchos testigos privilegiados, decepcionados sin duda alguna por el transcurrir de aquellos años. Valga por todos ellos la interpretación desesperada de E. Toller en *Una juventud en Alemania*, donde los republicanos “entregaron” la República a sus detractores; los revolucionarios, obcecados en su visión simple y reduccionista de la realidad, sólo conocieron de eslóganes y consignas para “olvidar la voluntad del hombre”; por su parte, los sindicalistas, preocupados exclusivamente en mantener sus privilegios, se mostraron incapaces de atisbar el peligro que se les avecinaba, y en consecuencia no supieron atajarlo: en definitiva, todos estos sectores, además de escritores, burócratas y doctrinarios, la elite social en suma, habían fracasado radicalmente, entretenido al pueblo “con vanas esperanzas, hasta que el pueblo, cansado de vanas esperanzas, buscó consuelo en el desconsuelo.”

Al fin y al cabo, como en la existencia de todo hombre, el nacimiento de la República estaba implacablemente marcado por su destrucción. El nacimiento aboca al fin. No deja de resultar interesante esta personificación del régimen de Weimar al que, con más o menos recursos, se entregaba buena parte de la historiografía para identificar la evolución del periodo con la trayectoria vital. La literatura de la época nos ofrece ejemplos más elevados. Así, el devenir republicano puede ser el de Fabian, el protagonista de *Die Geschichte eines Moralisten* (*La historia de un moralista*), publicada por E. Kästner en 1931, o la de *Gilgi, eine von uns* (*Gilgi, una de nosotras*), de I. Keun, aparecida el mismo año. Sin embargo, para realizar ese paralelismo, esa identificación persona-República, nos detendremos brevemente en otra obra de Keun, *Das Kunstseidene Mädchen* (*La muchacha de seda artificial*), publicada en 1932, año de crisis económica, de aumento del paro y de crecimiento espectacular del nacionalsocialismo. Empleada como mecanógrafa en el despacho de un abogado (al igual que tantas miles de jóvenes que entran en el mercado de trabajo alemán), su protagonista, Doris, ve cómo su vida se va reduciendo a una sucesión de frustraciones: primero, el acoso sexual de su jefe;

después, su despido; más tarde, su fracaso como actriz de variedades en el Berlín nocturno de la Depresión; por último, la traición de Karl, su amante, a quien había conocido en una colonia de desempleados. El relato concluye con una Doris profundamente abatida que piensa en el suicidio mientras pasa las noches en la estación de ferrocarril de la *Friedrichstrasse*. Frustración, traición, desempleo, fracaso vital, suicidio, muerte; todos ellos son conceptos utilizados por Mommsen, Erdmann, Schulze, Hoegner y tantos otros historiadores para describir el devenir de la República con esa severidad de lo inapelable, de lo que tenía que suceder porque así estaba determinado; esa gravedad y esa exactitud con la que diseccionaban el periodo intérpretes del pasado provenientes de formaciones académicas y políticas muy diversas pero que parecían constreñir y atenazar los años veinte y primeros treinta hasta reducirlos a una cadena de acontecimientos en función de un origen y de un destino irreversibles que conducían al triunfo de las fuerzas antidemocráticas y, a su frente, al nazismo. Todo hacía pensar que los había convencido el juicio categórico del espléndido escritor conservador E. Jünger en *Der Kampf als inneres Erlebnis* (*La lucha como experiencia interior*): “La guerra nos golpeó, nos cinceló, nos endureció hasta convertirnos en lo que somos.” La guerra había sido el inicio de todo, de la malograda revolución socialista, del complicado nacimiento de la República, de su decepcionante evolución. La continuidad del espíritu bélico en la paz mitificaba la lucha en el frente de batalla, la camaradería esencial que se había enseñoreado de los puestos avanzados en los campos europeos. Esa camaradería actuaba como aglutinante social en la guerra al limitar e incluso eliminar las tensiones existentes entre el individualismo extremo y el comunitarismo tan en boga en las ideologías populistas. Se trataba de un hombre nuevo para una nueva política que no era precisamente la representada por los partidos de la coalición de Weimar; una nueva política que respondía a la integración de la vida guerrera en la paz, tal como recordaba el propio Jünger en *In Stahlgewittern* (*Tempestades de acero*), cuya primera edición vio la luz en 1920: “Habíamos abandonado las aulas de las universidades, los pupitres de las escuelas, los tableros de los talleres, y en unas breves semanas de instrucción nos habían fusionado hasta hacer de nosotros un único cuerpo, grande y henchido de entusiasmo. Crecidos en una era de seguridad, sentíamos todos un anhelo de cosas insólitas, de peligro grande. Y entonces la guerra nos

había arrebatado como una borrachera. Habíamos partido hacia el frente bajo una lluvia de flores, en una embriagadora atmósfera de rosas y sangre. Ella, la guerra, era la que había de aportarnos aquello, las cosas grandes, fuertes, espléndidas.”

Hago estos comentarios porque la escasa bibliografía española relacionada no ya sólo con la República sino en general con la historia contemporánea de Alemania era deudora de una visión excesivamente reduccionista de la época weimariana. Algunos capítulos de manuales universitarios o comentarios bibliográficos presentaban el periodo como la antesala de la dictadura nacionalsocialista, como una república sin auténticos republicanos cuya riqueza cultural, si bien relacionada con el proceso de radicalización ideológica, constituía el bien más apreciable. De ahí procede la importancia de los trabajos de José Ramón Díez Espinosa desde que en 1996 aparecieron dos de sus libros, *La crisis de la democracia alemana. De Weimar a Nuremberg* y *Sociedad y cultura en la República de Weimar. El fracaso de una ilusión*, continuados en 2001 por *El laberinto alemán. Democracia y dictaduras (1918-2000)*, cuyas líneas directrices han quedado reflejadas en el texto que aquí comentamos. Hablo de la importancia de estos trabajos no sólo porque entran de lleno en un terreno poco frecuentado por la historiografía española sino, sobre todo, por el esfuerzo que constituyen a la hora de superar los antes mencionados planteamientos más tradicionales para enlazar con las últimas corrientes interpretativas sobre el periodo.

En efecto, mientras algunos definen a la República como una experiencia fracasada por su anormalidad dentro de la evolución política del país, sometida además a unas fuerzas antidemocráticas cada vez más poderosas, otros la consideran una época casi necesaria, y por tanto, si se analiza con detenimiento la continuidad de las estructuras de poder guillerminas, previsible en el curso de los acontecimientos a partir de la Unificación. En tercer lugar están también aquéllos para quienes la razón del fracaso radica en una mayor vinculación de estas estructuras de dominación a la dictadura nacionalista, en tanto en cuanto las instituciones de Weimar habrían mostrado su incapacidad para asumir con firmeza una actitud plenamente democrática. En última instancia, el punto central de la reflexión, y así lo ha manifestado expresamente Díez Espinosa, sería

la cuestión de la *Kontinuität* o *Diskontinuität* del Estado alemán desde la Unificación hasta la IIª Guerra Mundial, tal como plantea Fritz Fischer; sería, en definitiva, cuestión de formular las preguntas al periodo weimariano, pero dentro del proceso histórico general de la Alemania contemporánea.

En mi opinión, pues, estos trabajos superan interpretaciones que, aunque indudablemente fructíferas, exigían una revisión. Por ejemplo, la conocida tesis del fracaso republicano por la “traición de la socialdemocracia” que, además de para otros historiadores, fue la versión oficial de la República Democrática de Alemania, atribuía el fin cómo no anunciado de la experiencia republicana al origen perverso del sistema ya que los socialistas moderados habían traicionado a la clase trabajadora. La alianza socialdemócrata con las fuerzas burguesas paralizó el proceso revolucionario de noviembre de 1918; a partir de entonces la inestabilidad sociopolítica se mantuvo como una constante en toda la época. En *Berlin, Alexanderplatz* (1929), A. Döblin satirizó magistralmente a esa socialdemocracia ambigua y sin personalidad propia: “Siempre tienen mayoría en el *Reichstag*, pero no saben qué hacer con ella; bueno, sí: sentarse en sillones de club, fumar puros y ser Ministros (...). Los socialistas no han conquistado el poder político sino que el poder político ha conquistado a los socialistas. Un burro viejo siempre puede aprender algo, pero todavía no ha nacido burro como el obrero alemán.”

También Díez relativiza aquellas tesis que, más que fijarse en el origen traumático de la República, centran su atención en las repercusiones del crack del 29 en Alemania. Si bien en sus líneas generales no habrían sido tan diferentes de las de la Europa de su entorno, en el caso alemán el paro, la inflación y la degradación de las condiciones de vida habían golpeado con más fuerza aún los cimientos parlamentarios y la precaria armonía social, por lo que la población alemana había buscado en posiciones políticas extremistas una solución a sus problemas. Esta tesis, sostenida con variedad de matices por historiadores de tradiciones dispares, es sin duda una de las más aceptadas. Sin embargo, considerando el contexto europeo y mundial de los años weimarianos, podemos preguntarnos con el ponente: ¿Cómo explicar la crisis particular de la República alemana

en un ambiente en otros territorios caracterizado por la continuidad del régimen de democracia parlamentaria?

No podemos quedarnos con la foto fija de las consecuencias del 29 en Alemania para colegir inmediatamente el deterioro y la extinción final del sistema. Los factores explicativos son más complejos, desde la evolución siempre problemática de la coalición de Weimar a la complicada máquina de administración de la justicia o al estado de las finanzas públicas a lo largo de todo el periodo. Sólo la ponderación de estas y otras variables pueden arrojar luz sobre el fracaso final del proyecto republicano.

La “ambigüedad del espíritu de Weimar” al que se refiere Díez Espinosa es, en efecto, atribuible a sus mentores por no lograr que las formaciones políticas que participaban en la elaboración del texto constitucional adoptaran una cierta unidad de criterio para alcanzar una concepción clara y unánime de los fines que debían exigirse al desarrollo del Régimen. La defensa a ultranza de la República expresada en el apoyo a la Constitución no pudo en ningún momento ocultar las posiciones excesivamente encontradas entre socialdemócratas, liberales y *Zentrum* católico a la hora de afrontar problemas concretos o de plasmar los principios constitucionales en leyes positivas. El compromiso de origen asumido por estos partidos para elaborar y aprobar el texto acabó en indecisión y enfrentamiento en estos momentos trascendentales de la Alemania de entreguerras, cuando más necesaria era la unidad de las fuerzas democráticas ante el empuje de los movimientos totalitarios comunistas y nazis. Precisamente fueron los partidos antisistema los que articularon una *Weltanschauung* lógica y coherente con sus principios, capaz de ofrecer a quien quisiera escucharlos una alternativa radical al mundo weimariano. Poco importa que los comunistas o los nacional-alemanes del DNVP, por poner dos ejemplos muy diferentes, decidieran en un momento determinado presentar candidaturas a las elecciones parlamentarias y participar así en el juego institucional. Las voces críticas que desde las filas de su militancia clamaban escandalizadas por la posible pérdida de sus principios quedaron rápidamente silenciadas por sus dirigentes en declaraciones como las formuladas el 8 de marzo de 1927 por los del DNVP, paradigma del resto de asociaciones antidemocráticas: “El Partido ni reconoce ni ha

reconocido la República, ni ha abandonado su condición monárquica”. Se mantenía la defensa de la monarquía, de la dictadura del proletariado, de la comunidad de sangre nacionalsocialista: los principios, en efecto, se preservaban incólumes; su vinculación al Régimen era meramente coyuntural.

Dentro de estos factores, y ya que el Prof. Díez Espinosa habla de la sociedad de masas, debemos insistir en la importancia de estudiar la vida cotidiana, o mejor, en plural, las vidas cotidianas durante los años republicanos, preocupación ésta muy cara a la historiografía alemana, a la *Alltagsgeschichte*. Pensemos en W. Ruttmann y en su película *Berlín, sinfonía de una gran ciudad*, en cómo se desarrolla en ella la existencia diaria de cuatro millones trescientas mil personas; en extensión, la tercera metrópolis del mundo después de Nueva York y Londres. Berlín es símbolo de la realidad cambiante y contradictoria del país, ejemplificado en el inmortal personaje de *Berlin, Alexanderplatz*, aquel Franz Biberkopf, trasunto también del alemán que vive esta etapa áurea de la cultura –y del ocio– en medio de la miseria y la cotidiana desesperanza de muchos (6 millones de parados consignados en Alemania en la primavera de 1932, no lo olvidemos). Debemos recorrer, para poder entender el sentido de la República, los cambios en su estructura urbanística, con el protagonismo del automóvil y la velocidad. Paseamos por parques y avenidas, nos introducimos en cines y salas de exposiciones, pero también en las viviendas obreras, en las tabernas y en las cervecerías, en los hospitales y en las fábricas. Conoceremos la vida cotidiana en ese “Berlín del progreso” que, como otras ciudades alemanas, es también el “Berlín del caos”. El esparcimiento de las masas, la extensión de las prácticas deportivas, la vida en la calle: cualquier actitud, vocación o sentimiento es instrumentalizado por las fuerzas antisistema en su afán de movilización total y arrastre definitivo de los cimientos republicanos. Así podemos preguntarnos, en primer lugar, hasta qué punto, en una capital donde antes de la Depresión se publicaban más de ciento cuarenta diarios, habían llegado a aceptarse los valores democráticos frente a los existentes en el periodo guillermino; y en segundo lugar, hasta qué punto los “endebles pilares de la República”, como llama Díez Espinosa a la dificultad de los partidos de la coalición para dar estabilidad al sistema y a la vez emprender reformas modernizadoras,

estaban sometidos a unas fuerzas que a derecha e izquierda pretendían derribarlos; fuerzas éstas nacionalistas, comunistas, nacionalsocialistas, representantes de unas concepciones metapolíticas cuya *Weltanschauung* se convierte en una alternativa radical al sistema de Weimar; una visión del mundo, de la vida, muy diferente de la democrática. Las mismas vanguardias que inundan todos los campos de la creación cultural y se convierten en ejemplo, en modelo de imitación o de crítica para el resto de Europa, con nombres propios como B. Brecht, E. Piscator, O. Dix, P. Klee, F. Lang, Carl Schmitt, M. Heidegger y tantos otros, producen obras clásicas en la historia occidental aunque en el momento en que se gestan y se difunden no buscan precisamente fortalecer la democracia de Weimar.

Otra figura de las letras y el pensamiento conservadores, Ernst von Solomon, escribía en *Die Geächteten* (*Los proscritos*): “La guerra ha acabado, pero los soldados aún desfilan.” La militarización de la vida, la ideologización profunda del cotidiano existir en número progresivamente mayor de hombres-masa impermeables a los valores democráticos, caracterizó el devenir de la República, sobre todo en sus últimos años. Enfrentamientos callejeros, huelgas y manifestaciones, pérdida del sentido propio de las instituciones republicanas, son cuestiones centrales en el análisis del periodo. El desenlace es bien conocido: el 30 de enero de 1933 Hitler accede a la cancillería del Reich. Los “criminales de noviembre” o *Novemberverbrecher*, según denominaban despectivamente los nazis a los partidos de la coalición de Weimar, daban paso –si se nos permite– a los *Januarverbrecher*, los “criminales de enero”.

Copyright of *Memoria y Civilizacion* is the property of Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, S.A. and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.